



«Solidaridad Nacional»



CRITICA de LIBROS

MD

por J.F. AGUIRRE

“La hoja roja”, de Miguel Delibes

EDICIONES DESTINO

MIGUEL Delibes, este «provinciano universal», como ya es conocido por el vario mundo de la literatura, nos presenta un microcosmos, un esquema tan reducido de la vida que cabe en un teorema matemático. «La hoja roja» nos plantea el hecho de la jubilación del funcionario, ese momento en que el hombre queda fuera de la sociedad, que le arrincona como elemento pasivo. «Eloy» suma, multiplica días y horas de trabajo; vive tan sólo en función del mecanismo burocrático y cuando queda desarraigado, aquel hombre que merece el calificativo de «probo», no sabe qué hacer con el excedente de tiempo y de vida. Le quedan sólo sus manías, como aquella de acelerar la digestión arrodillándose nada más comer. Le queda una vaga memoria, pero no de sus fracasos, sino de un tiempo lleno de sentido. Porque el mayor acierto de Miguel Delibes es de presentarnos a un hombre limpio de corazón, sin caer en la sima del resentimiento. «Eloy» es un tipo llano de humanidad, de una humanidad gris, repleta de mansedumbre. Manso de corazón será este jubilado a quien le sale del librioll de papel de fumar la hoja roja que anuncia quedan cinco más para que se termine la cuestión. Y no la apura en tremendismos, sino con la gris placidez que ha informado su vida, una vida de dulce fracaso, vida provinciana con un solo vértice de rebeldía: el creer un buen fotógrafo.

Delibes, periodista, escritor y titular mercantil, al apurar los medios expresivos, al presentarnos una construcción lineal alcanza una de las novelas de mayor sentido humano que hemos leído. Habría casi que plantearse el problema de cómo se logra la ternura, uno de los fallos más generales de la actual novelística española. Delibes lo consigue al conjugar la experiencia de un viejo, «Eloy», el jubilado, y «Desi», criada de servir que asiste desde fuera, al parecer, a la pequeña historia. Los demás personajes son como un friso parlante, como el paisaje humano donde discurren estas dos vidas elementales. «Desi» salva a «Eloy» y salva a Delibes. Al personaje, porque es el contrapunto humano, la vida que empieza cuando al otro se le acaba. Y al autor, porque da hondura a la novela y la salva de quedar en cuadro de costumbres.

La provincia será el tercer personaje de esta novela, el marco que ciñe la vida disparada. Esa vida que permanece siempre para los «Núñez» como la gran interrogante. ¡Si algún Núñez se decidiera! Pero, claro está, la mansedumbre que les caracteriza quiebra las alas a los vuelos de la imaginación, vuelos prendidos en los soportales de la plaza, en las callejas sin sol, al compás de los relojes que medirán la huida del tiempo. Estos «Núñez» ya nacen como espejos sin azogue, muertas playas de la Plaza Mayor cuya bandera sería del color de la «palomita», del «anisete de salón», del año bautizado.

Y lo bueno del caso es que Delibes construye su novela a la española, sin que la lectura nos recuerde a nadie; o, en todo caso, esa general idea donde se confunden Galdós, «Clarín»... No hay distorsión del tiempo, ni esas zarandajas que exigen y todo variedad de tipos de letras. Miguel Delibes nos enseña un modo de hacer fabulosamente sencillo.

Ese mundo humilde de las chicas de servir se nos presenta ni con aires zarzueleros ni como albañal de pasiones. Hay en ellas esa fiereza y desgarró de «Fortunata», la mejor descripción femenina de Galdós. Habría que estudiarlo porque no son los «medio serenos» al uso, sino un estadio de lo femenino que se escapa de las manos. En Miguel Delibes adquieren una categoría excepcional junto a ese otro mundo de los oscuros chupatintas. Novela teñida de una ligera tristeza, la que de suyo da la vida al acabar; pero no lleva a la desesperación. «La hoja roja» es obra de gran maestría, de esas que conviene releer para apurar la calidad del escritor que desde una provincia dió vida a unos personajes enteramente de carne y hueso, y también de alma.

PANORAMA DE ARTE Y LETRAS

MD

LA LETRA Y EL ESPIRITU

LA HOJA ROJA, de Miguel Delibes

por ANTONIO VILANOVA

LA reciente aparición de la excelente novela de Miguel Delibes, «La hoja roja», publicada hace pocos meses por «Ediciones Destino» en su colección «Ancora y Delfín» (Barcelona, 1959), ha venido a acrecentar con una nueva y valiosa aportación la ya copiosa producción novelesca del joven novelista vallisoletano, uno de los escritores españoles más serios, honestos y conscientes del momento actual.

Entroncado con la más pura tradición del realismo costumbrista, al que su agudeza de observación y fina sensibilidad ha sabido inyectar un toque de emoción y de ternura que mitiga con una piedad cordial y entrañable la grosera crudeza de la realidad cotidiana y vulgar, el realismo humano de Miguel Delibes consiste ante todo en la fiel representación de la vida.

En lo que se refiere a su concepción novelesca, su ideal artístico sigue siendo la pintura veraz y objetiva de tipos y costumbres del mundo circundante, y más concretamente la representación en forma narrativa del carácter y la mentalidad, el perfil psicológico y el problema humano de un ser corriente y vulgar en el marco de su condición social y en el curso de su existencia cotidiana.

Como quiera que para esta representación del hombre integral en el medio en que vive, el joven novelista vallisoletano considera indispensable la pintura de su intimidad y el retrato de su carácter y de su perfil moral, que no quedaría suficientemente reflejado en su comportamiento externo o en la suma de sus actos, el realismo humano de Miguel Delibes es esencialmente narrativo y psicológico, sin perder por ello su rigurosa objetividad.

Dentro del enfoque limitado y parcial del mundo circundante, que implica forzosamente el concepto naturalista del trozo de vi-

da, la novela antinovelesca de Miguel Delibes intenta únicamente poner de relieve la rica y doliente humanidad que encierran unas cuantas vidas grises y sombrías, la emoción y patetismo que recata la dolorosa tragedia de unos seres mediocres y vulgares. No se trata, en modo alguno, de



Miguel Delibes

una poetización del mundo circundante, sino de una representación de la vida tal cual es, ante la cual el novelista, usando de su derecho a elegir, ha seleccionado aquellos aspectos que, de acuerdo con la peculiar índole de su arte, pongan más de relieve el valor supremo de lo humano.

Este peculiar enfoque de la realidad social contemporánea, reflejada en un espejo nítido y fiel que no admite la menor deformación satírica o caricaturesca, hace que el realismo humano de Miguel Delibes nos dé una imagen de la

sociedad reducida a los meros problemas del vivir y a los afanes cotidianos de los hombres. Una imagen del mundo en que vivimos que no pretende tener más alcance social que el que se desprende de la vida misma de un ser cuya existencia oscura y gris es a la vez espejo y ejemplo de su estado civil y de su condición humana.

Esta imagen del mundo y de la vida, que aún reducida al angosto marco de un ambiente muy concreto, refleja sentimientos y problemas comunes a los hombres todos, es la que Miguel Delibes nos ofrece en su última novela «La hoja roja», en torno a la triste figura de un viejo funcionario jubilado.

La desolada historia del pobre don Eloy, antiguo funcionario municipal jubilado con un retiro mísero, que después de cincuenta años de servicio se enfrenta de pronto con la soledad de una vida vacía y sin objeto, es el tema central de esta bellísima novela que en torno a la tragedia vulgar de un hombre oscuro y gris, plantea un eterno y universal problema humano.

Este problema, equiparable al del cesante planteado en «Miau», de Galdós, es el de la amarga decrepitud de un hombre de setenta años, consciente de que la jubilación es la antesala de la muerte, y para el cual el retiro que esperó toda su vida, es como la hoja roja de los librillos de papel de fumar, en la que se advierte al usuario que quedan sólo cinco hojas.

Es preciso advertir, sin embargo, que tanto como la tragedia del jubilado, dueño de un tiempo inútil, vacío y sin objeto, lo que en esta novela se plantea es el problema de la soledad, y más concretamente el de la necesidad de afecto en una vejez sin compañía, cuya única razón de ser es el recuerdo del pasado y la espera de la muerte. La soledad de un hombre desolado y solo, al que la muerte ya lejana de su mujer, la brillante carrera de su hijo, notario en Madrid, y el fallecimiento de sus mejores compañeros y amigos, ha dejado a solas con su abandono y su tristeza.

En el marco de la vieja ciudad provinciana donde vivió toda su vida y en donde ya no le quedan parientes ni amigos, el pobre don Eloy, con sus pequeñas manías y sus chocheos de viejo, aparece con un perfil a la vez patético y grotesco que recata el secreto sufrimiento de su alma dolorida. Y junto a él, la figura inolvidable de la pobre Desi, la criada abnegada y fiel víctima de un trágico desengaño amoroso, en cuya triste fealdad encuentra la bondad y el afecto que le rehusan los demás y que le ha negado su propio hijo.

La profunda autenticidad humana de este personaje, en el que el autor ha sabido captar la femineidad elemental e instintiva de una zafia moza pueblerina, cuya dócil y resignada mansedumbre viene a colmar la desesperada necesidad de compañía del protagonista, constituye uno de los mayores aciertos de esta obra amarga, tierna y desolada.

El desarrollo paralelo de sus vidas, el mutuo acercamiento que trae consigo su soledad y desamparo, y el ansia de protección y de compañía que experimentan los dos después del fracaso de todas sus esperanzas, es el proceso que condiciona y determina la unión de estos dos seres cuya existencia en común es lo único que hace posible su vida.

Extraer del grotesco perfil de esos tristes fantoches humanos el dolorido sentir que les convierte en criaturas de carne y hueso, y develar el hiriente patetismo de sus vidas sin incurrir en truculentos y lacrimosos efectismos, era una ardua prueba que ha salvado una vez más, con su proverbial pericia y maestría, el arte sobrio y austero del gran novelista castellano.

Escribir deliberadamente la sordida epopeya de la vulgaridad doméstica e inyectar en ella los más puros valores de lo humano para convertirla en una obra maestra de emoción y de belleza no es empresa fácil. Que Miguel Delibes se haya atrevido a intentarlo y haya salido airoso de su empeño, demuestra hasta qué punto el autor de las prodigiosas narraciones de «Siestas con viento sur» y del delicioso retablo pueblerino de «El Camino», es capaz de extraer de la vida misma los más puros resortes de su arte.

Libros y Revistas

CRITICA Y GLOSA

«LA HOJA ROJA»

Por MIGUEL DELIBES

Ediciones Destino. Barcelona.
236 páginas.

EN el país de Quevedo y de Goya, la deformación grotesca de la realidad no tiene por qué ser explicada mediante influencias extranjeras, alguna de tanto auge universal como la ejercida por Italia, con sus novelas "de humor" y su teatro llamado precisamente "del grottesco", a cuya inspiración son totalmente ajenos—dicho sea entre paréntesis—el "esperpento" de Valle-Inclán y la "tragedia grotesca" de Arniches. No hace muchos días, tocábamos, también incidentalmente, ese tema en estas mismas páginas, con referencia a determinadas novelas de Ramón Pérez de Ayala, que enlazan con las de Galdós y Leopoldo Alas, en más de un concepto; por lo pronto, el de un sentido humorístico que les aleja del naturalismo imperante en su época, para aproximar todos ellos a Cervantes y a Quevedo, geniales recreadores de la realidad, en virtud, aparte otros recursos artísticos, de la deformación grotesca a que estamos aludiendo.

Por ese camino, de tan alto y nacional arranque, llega Miguel Delibes hacia los lectores de hoy, con su reciente novela "La hoja roja", que desde ese punto de vista viene a acentuar la orientación de "Mi idolatrado hijo Sisi", en que el autor contempla a sus personajes en aquellos espejos de la madrileña calle del Gato a que tanta inclinación hubo de manifestar Valle-Inclán, sin detrimento del valor humano de sus criaturas, tan deformadas, tan caricaturizadas, como se quiera, pero con la realidad de sus pasiones por dentro. En Miguel Delibes, como en otros novelistas de su generación—quién más, quién menos—, el análisis psicológico trata de ser más directo y específico, sorteando lo elemental y simbólico, en busca de lo concretamente individualizado. Es así como nos descubre a don Eloy, viejo empleado municipal, en trance de jubilación: ley ineludible; así, como por costumbre, por amor, que no deja de responder a un resorte de inevitable juego, se casó don Eloy en su momento. Y no de otra manera, la necesidad inconsciente de dar contenido a su vida, extremadamente vulgar, participó en una cierta Sociedad Fotográfica, como pudo hacerlo en cualquier círculo o casino: siempre a título de uno más, un hombre como otro cualquiera. Por lo que el problema que aborda el novelista es sobremanera arduo: comunicar interés a lo que, en principio, no lo tiene. Dar ese toque en el punto vivo de un ser anodino, es empresa a la que se han entregado muchos novelistas, en mayor nú-

mero los modernos y los contemporáneos que los antiguos. La ficción literaria se ha democratizado.

Don Eloy entra en la novela desde el primer momento, documentado por los antecedentes de que acabamos de hacer mención. Sólo en tales ocasiones "se veía el viejo Eloy erigido, en protagonista de algo". Ahora va de veras, porque Miguel



Don Miguel Delibes Setién.

Delibes se apodera de él y, sin protesta ni réplica, lo sitúa en el centro de "La hoja roja", llamado a ser protagonista de la novela, con todas sus consecuencias, y precisamente por ser un hombre insignificante, oscuro campeón de lo vulgar, soldado desconocido de la guerra sorda y fría que es la vida cotidiana. Pero no prejuzguemos el papel repartido al viejo Eloy, sin citar, por el orden de aparición en escena, a otro personaje al que el autor también asigna importante papel: Desi, la criada: "muchacha de rostro obtuso, de tez renegrida y frente cerril". Nos damos cuenta por entero de esta Desi y, a la vez, del estilo de Miguel Delibes, como siempre, expresivo y expresionista: "Tenía un aire desgachado y torpe, con la pobre bata que apenas la ocultaba las corvas; las pinzas en la cabeza y las manos rojizas, hinchadas como sapos, desmayadas sobre el vientre". Presentimos, y no tardamos en confirmarlo, que Desi será el contrapunto de don Eloy, en la composición novelesca. Sin Desi, "La hoja roja" sería la novela del jubilado, con todos los tópicos arrastres de la melancolía. Pero esta novela de Miguel Delibes es algo más.

—¿Sabes, Isa? Me ha salido la hoja roja en el librito de papel de fumar", dice el viejo Eloy a su inseparable amigo Isafías, aludiendo al consabido aviso: "Quedan cinco hojas." El símil está claro: "la jubilación—como observaba un compañero de oficina—es la antesala de la muerte". Y reaparece, como significativo "ri-

tornello", a lo largo de la narración, esa misma idea, vestida de otras palabras, de mayor alcance: "La vida es una sala de espera, y, como en las salas de espera, hay en la vida quien va de la Ceca a la Meca para aturdirse y olvidarse de que está esperando." Don Eloy se entrega a lucubraciones de ese tipo: "Un día se le ocurrió que los viejos se ponen al sol, porque ya llevan el frío de la muerte dentro." Y como le posee tan obsesiva idea, don Eloy no puede por menos de recordar una observación semejante de otro compañero de oficina: "Los viejos se arriman a la pared para tener en dónde apoyarse en el momento de la caída." Será Desi el punto de apoyo que don Eloy necesita para mantenerse en pie, físicamente al menos, ya que su espíritu anda por el suelo, abatido por la preocupación que le sustrae al vulgo que va y viene por las calles de la ciudad, por los caminos del mundo, como si tal cosa, como si no acechase la muerte, a la vuelta de cada esquina.

Véase cómo "La hoja roja" no es, en simple anécdota, la novela de la jubilación, esto es, de la vejez certificada oficialmente, sino del hombre, un hombre cualquiera, en efecto, que vive bajo la amenaza próxima de la muerte, "desviándose", como diría Unamuno; desviando su existencia por el recuerdo, y muriendo un poco a cada instante, en cálculo implacable de días, horas, minutos. Y al fondo Lucita, la mujer de quien don Eloy había enviudado: un tanto áspera, pero que le hacía confortable la vida. Don Eloy gustaba de dejarse llevar, aunque fórmula tan expeditiva no siempre le resultara eficaz. Don Eloy respira una atmósfera sobrecargada de memorias, tan vulgares como él, muy suyas; muy humanas, por tanto. Y lo que siempre se había reservado, lo revelaba ahora, con extraña voluptuosidad coloquial, a una ruda sirvienta, que podría ser su nieta: a Desi, que no se cansa nunca de preguntarle y de oírle; sentado él, junto al fogón, traspunto de un soñado hogar. Es así como la sencillísima trama de "La hoja roja" se complica con tenues hilos de dramática poesía, entrecruzados con los del humor.

La deformación grotesca del jubilado, a fuerza de amorosa piedad por parte del autor, da paso al hombre singular, no gregario, que vivía agazapado en el pobre don Eloy. Lo descubrimos en su limpia y tierna relación con Desi, que aprende de él a leer y a servir en el más exigente sentido del vocablo. Don Eloy la recrea en su imaginación: "figura ingrátida, dulcemente laboriosa y sumisa, casi angelical". Si "La hoja roja" fuese una obra teatral y no novela, notaríamos, inevitablemente, la presencia de otros personajes que no llegan a interesarnos, por mucho que puedan importar al propio don Eloy o a Desi, empezando por "el Picaza", amor de la muchacha, y que sólo, en la presencia física exigida por el escenario, se harían notar. En definitiva, "La hoja roja" es la novela de don Eloy y sólo de Desi en cuanto sirve de reactivo al protagonista, dicho sea en abono de Miguel Delibes, que ha conseguido el carácter más firme, estudiado más a fondo, de todas sus obras, si bien los otros elementos de la novela, a salvo del certero estilo, no marquen la altura que convendría a las buenas proporciones del conjunto.

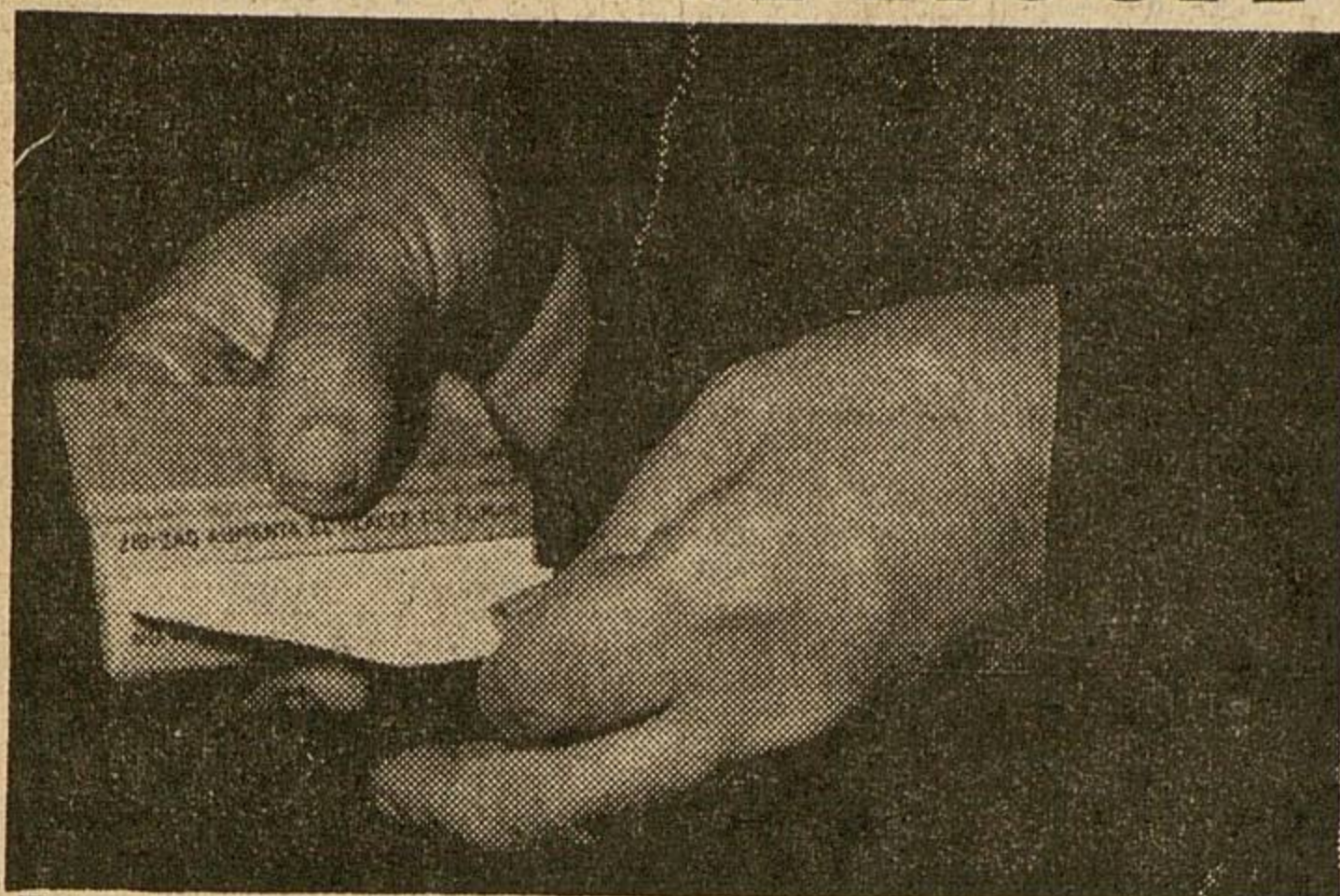
Algo habría que decir acerca de los angustiosos fondos de una España pobre y elemental que los personajes de esta conmovedora novela dejan entrever. Pero la objeción no recaería sobre "La hoja roja" únicamente, sino que se haría extensiva a gran parte de nuestra novelística actual.



M. FERNANDEZ ALMAGRO
de la Real Academia Española

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

“LA HOJA ROJA”



Fumar un cigarrillo, ya encilindradas las hebras de tabaco en el papel y embutido en su cajetilla, es un tic propio de la sociedad de consumo. Liar un pito es un acto ritual: la picadura o la hebra se extiende —para escogerla— en la palma izquierda, sobre las líneas de la vida y la muerte, la fortuna y el amor, cegando por unos instantes el propio destino. Luego se cierra el cuenco de la mano y los dedos libres tiran de la hoja de papel de arroz, parsimoniosa y amorosamente amasada en la realidad cigarro por los diez dedos, uno por cada Mandamiento.

Liar un pito es enhebrar a veces un diálogo, ganar confianza, romper la soledad. La gente de campo, los vagabundos, los cazadores, la gente que

abre caminos al andar, se reconoce liando un cigarrillo; y al repartir el papel de arroz, con sus aguas transparentes como la moneda de alto precio y el papel vergurado para bibliófilos, sufren a veces el sobresalto de la aparición de una hoja roja: atención: sólo quedan cinco. Es una metáfora que salta en el diálogo como una liebre tras una jara a los pies mismos del cazador.

Miguel Delibes, cazador, hombre que no ha renunciado aún al tabaco de picadura y la consiguiente necesidad de liar el pito, se ha encontrado muchas veces con esta metáfora, y la dio forma de novela: “La hoja roja”, que esta semana ha sido reeditada como número 17 de la colección de libros RTV.

Abusamos los españoles del dicho ese de “matar el tiempo” una especie de ejercicio suicida, un deshojar la margarita del tiempo hasta que nos sale una hoja bermeja, un aviso de que ya quedan menos, de que pesa más el pasado que el futuro, de que hay más recuerdos que proyectos, de que la soledad es un frío que se extiende por el alma.

La hoja roja no vale para liar un pito, ni en la vida sirve para vivir, pero es necesaria como ayuda para la muerte. La metáfora se hace carne y hueso en el propio destino. Se saborea tal vez más premiosamente el cigarro que sigue, se apura también con avaricia el tiempo, y los pequeños detalles, los mínimos consuelos, se agigantan, y don Eloy, el personaje de Miguel Delibes, en su jubilación, sabe del consuelo desesperanzado de la compañía cerril pero humana de la pobre Desi y de la espera a consumir las últimas hojas del librito de su existencia.

Creo que a Delibes se le ocurrió esta magnífica novela española extendiendo el tabaco, que habría de quemar, sobre las líneas de la vida y de la muerte, del amor y de la fortuna y tirando de una hoja del librito de papel de fumar; que entonces se dio cuenta de que, entre sus dedos, tenía una existencia, un dolorido destino humano y el aviso de su caducidad.— el aviso de su caducidad.

Emilio SALCEDO

14-9-59
MD